

Rito y memoria en *Estación de la Sangre*, de José Carr¹

Rogelio Rodríguez Coronel

Universidad de La Habana,
Centro de Investigaciones Históricas, Antropológicas y Culturales–
AIP, Cuba

rrodriguezcoronel46@gmail.com

<https://0009-0006-5167-3282>

Recibido 28/11/25 – Aprobado 11/2/26



DOI <https://doi.org/10.48204/j.catedra.n23.a11056>

Resumen:

El texto analiza *Estación de la sangre*, poemario de José Carr dedicado a Victoriano Lorenzo, figura fundamental de la historia panameña. Se destaca que el libro funciona como un acto de memoria nacional: una elegía ritualizada que revisita la vida, muerte y significado histórico del líder campesino fusilado en 1903, en vísperas de la separación de Panamá de Colombia. La obra se inscribe en una tradición literaria que ha representado a Lorenzo desde Amelia Denis de Icaza hasta poetas, narradores y dramaturgos del siglo XX y XXI.

El poemario entrelaza lo épico y lo elegíaco mediante una estructura que va de la voz íntima a la coral, articulando temas como la sangre como herencia, el héroe popular frente a las élites, el trauma fundacional de la República y el martirio con resonancias cristológicas. Se destaca su dimensión formal, que dialoga con la liturgia del réquiem y la elegía, convirtiendo el dolor en rito poético. En esta obra, la poesía actúa como espacio de reparación simbólica: preserva la memoria de Victoriano Lorenzo y cuestiona la fundación de la nación. Carr logra que la poesía funcione tanto como homenaje como interrogación histórica.

Palabras claves: memoria histórica, elegía, Victoriano Lorenzo, ritual poético, héroe popular.

1 Conferencia impartida en la Jornada de Literatura Panameña de la Escuela de Español, Facultad de Humanidades de la Universidad de Panamá, el 21 de octubre de 2025.

Rite and memory in *Station of Blood*, by José Carr

Summary:

This text examines *Estación de la sangre*, José Carr's poetry collection dedicated to Victoriano Lorenzo, a central figure in Panamanian history. The book is presented as an act of national memory: a ritualized elegy that revisits the life, death, and historical significance of the campesino leader executed in 1903, just months before Panama's separation from Colombia. The work belongs to a broader literary tradition that has portrayed Lorenzo since Amelia Denis de Icaza and through numerous poets, novelists, and playwrights.

Carr's poem blends epic and elegiac modes, moving from intimate to collective voices. Key themes include blood as continuity and inheritance, the popular hero opposed to political elites, the foundational trauma of the Republic, and martyrdom rendered with Christ-like resonance. Formally, the work engages with the liturgical structures of the requiem and the elegy, transforming grief into poetic ritual. In this vision, poetry becomes a form of symbolic justice: it preserves Victoriano Lorenzo's memory and interrogates the moral contradictions of the nation's origins. Carr's book stands as both homage and critical reflection, turning poetry into a means of historical reckoning.

Keywords: historical memory, elegy, Victoriano Lorenzo, poetic ritual, popular hero.

Galileo: ¡Infeliz el pueblo que necesita héroes!

(Bertold Brecht, *Vida de Galileo Galilei*, Escena 13.)

Hoy nos convoca un libro que, más que una colección de poemas es un acto de memoria: *Estación de la sangre*², de José Carr (1958-2024), poemario dedicado a Victoriano Lorenzo.

Este volumen nos conduce al encuentro de una figura fundamental de nuestra historia: Victoriano Lorenzo. Un campesino, un líder, un mártir. Un hombre que murió fusilado en 1903, en vísperas del nacimiento de la República, y que desde entonces ha sido una herida abierta en la conciencia nacional.

No es la primera vez que se le dedican poemas a la figura del guerrillero coclesano. Lo hizo inicialmente nada menos que Amelia Denis de Icaza, la creadora del emblemático "Al cerro Ancón", al dar a conocer también

2 Carr, José (1995). *Estación de la sangre*. Colección Ricardo Miró. Premio de Poesía 1995. Panamá, Instituto Nacional de Cultura.

“A la muerte de Victoriano Lorenzo” en su volumen *Hojas secas* (1927)⁴⁰, poema probablemente escrito en 1903. Solo quiero recordar los primeros estremecedores versos:

¡Atado! y ¿para qué? si es una víctima
que paso a paso a su calvario va
lo lleva hasta el banquillo la república
y con ella en el alma a morir va.

¿Quién era este hombre que se convirtió en tema recurrente en la literatura panameña?

Lorenzo nació en Penonomé hacia 1867. Cholo, campesino, pero educado: sabía leer y escribir, lo cual ya le otorgaba una distinción entre los suyos. Se sumó al ejército liberal durante la Guerra de los Mil Días y fue reconocida su ejecutoria con el grado de General de las filas liberales. Pero más allá de la lucha partidista, se convirtió en la voz de los olvidados: de los labriegos, de los marginados, de quienes cargaban el peso del trabajo y no aparecían en los discursos de los próceres.

En mayo de 1903 fue ejecutado en la Plaza de Chiriquí de la Fortaleza de las Bóvedas, en la Ciudad de Panamá, apenas unos meses antes de la separación de Colombia. Su muerte resultó un trauma fundacional: la República se inauguraba sobre la sangre de un campesino fusilado por sus propios compatriotas. Por eso la figura de Victoriano Lorenzo nunca ha dejado de resonar. Su imagen ha fecundado no solo la poesía, sino también novelas, obras teatrales, canciones y, en este caso, un poemario que lo convierte en héroe lírico.

Otros poetas han exaltado y valorado la gesta del cholo guerrillero, pero sobre todo la mortal traición sufrida⁴¹: José Franco, José Antonio Moncada, Manuel Orestes Nieto, Álvaro Menéndez Franco, Carlos Francisco Changmarín⁴²...Y también lo han hecho novelistas, como el propio Changmarín, Ramón H. Jurado, Justo Arroyo y Joaquín González J. E incluso el teatro ha colaborado en la consecución de una imagen del

3 Denis de Icaza, Amelia (1927). “A la muerte de Victoriano Lorenzo”. En *Hojas secas*. Talleres Gráficos Robelo.

4 José Franco (“Victoriano Lorenzo”, de 1954), José Antonio Moncada (*Así tendrás la tierra que soñaste*, 1958, y *Los derrotados del llanto*, 1961), Manuel Orestes Nieto (*Oratorio para Victoriano Lorenzo*, 1976), Álvaro Menéndez Franco (“Semblanza de Victoriano Lorenzo”, de 1976), Carlos Francisco Changmarín en múltiples décimas...

5 Changmarín en *El guerrillero transparente* (1981), cuando antes lo había hecho Ramón H. Jurado en *Desertores* (1952), después Justo Arroyo en *Sin principio ni fin* (2001) y más recientemente Joaquín González J. en *Náufragos en el tiempo* (1023).

cholo General, como hizo Ernesto Endara⁴³. Ensayistas han reflexionado, desde distintas perspectivas, sobre Victoriano Lorenzo y sus circunstancias, como Rubén Darío Carles, Herbert George Nelson Austin, Humberto Ricord y Olmedo Beluche⁴⁴.

Es decir, la construcción de una imagen del guerrillero coclesano ha sido recurrente en la literatura panameña, incluso recientemente tenemos un testimonio de época como *Mis memorias del general Victoriano Lorenzo. Relatos de viva voz del Tte. Coronel Juan José Quirós Mendoza 1900-1902* (1973), de Claudio Vásquez⁴⁵. Son los recuerdos de quien fuera secretario de Victoriano Lorenzo, publicados en un contexto muy significativo.

Con la valoración de este poemario que obtuviera el Premio de Literatura Ricardo Miró 1995 deseo realizar un modesto homenaje a su autor, José Antonio Carr Miranda (1958-2024)).

A mi juicio, una de sus obras más relevantes en todo este panorama es el poemario *Estación de la sangre*.

Carr encuentra en Victoriano Lorenzo un espejo de la nación. *Estación de la sangre* no es un libro más en su obra: es un proyecto de memoria. El título mismo sugiere un cruce: una “estación” como lugar de tránsito y de espera, pero también como momento decisivo. Y la sangre, por supuesto, como marca de vida y de muerte, de sacrificio y pertenencia.

La estructura del poemario nos lleva de la evocación íntima a la escena del ajusticiamiento y sus consecuencias. Es un itinerario de intensidades: la tierra, el pueblo, el combate, la traición, la condena, la muerte, y finalmente la trascendencia, todo ello desde la orquestación de voces: la de un sujeto lírico, que se transfigura en una voz colectiva, y la voz personal del protagonista, quien narra instancias significativas de su vida, ofrece una valoración de su entorno y deja constancia de su inculdicable amor a la patria. Ese movimiento poemático se acentúa en la conjunción magnífica de lo narrativo y lo lírico, para lograr un discurso donde se fusionan lo épico y lo elegíaco.

6 Ernesto Endara con *El fusilado* (1983).

7 *Victoriano Lorenzo: el guerrillero de la tierra de los cholos* (1966), de Rubén Darío Carles, *Victoriano Lorenzo en la historia de Panamá* (2003), de [Herbert George Nelson Austin](#), *Vida, pasión y asesinato de Victoriano Lorenzo* (2003), de Humberto de Ricord, *Victoriano Lorenzo, el “cholo guerrillero”* (2010), de Olmedo Beluche.

8 Claudio Vásquez (1973). *Mis memorias del general Victoriano Lorenzo. Relatos de viva voz del Tte. Coronel Juan José Quirós Mendoza 1900-1902*.

Temas centrales

Quiero destacar algunos ejes temáticos que recorren el libro.

Primero, la sangre. La sangre no solo como derramamiento, sino como fluido de continuidad, como herencia. Carr insiste en la sangre que mancha, que fecunda, que convoca. Es la metáfora que convierte la muerte en semilla:

Hoy toda nuestra sangre derramada,
con todas nuestras muertes apagadas,
son riachuelos que nacen de la fuente
de aquel pecho de luz abierto a balas (p. 28)

Segundo, la figura del héroe popular. Victoriano Lorenzo no es retratado como los próceres oficiales, con su levita y su retrato solemne. Aquí aparece como campesino, como voz de los desposeídos, como cuerpo humilde que encarna la grandeza. Su descripción se realiza desde la diferencia con aquellos que lo asesinaron:

Y aquel General no tenía amigos en el Congreso Colombiano ni lo
visitaban Senadores Norteamericanos ni hablaba inglés
ni cabildeaba en Washington con políticos influyentes
ni tenía Oficiales de Enlace con el Ejército Estadounidense. (p. 17)

Tercero, el tiempo histórico. El poemario subraya la paradoja de un país que nace en medio de una ejecución. La sangre de Lorenzo acompaña el parto de la República. Es un recordatorio de que la nación panameña se inauguró con una deuda moral:

No estuve en esa plaza
aquella tarde de mayo,
pero hoy estoy aquí para decirle
a las generaciones que han llegado
que con ese gesto de héroe atravesado
por las cinco descargas de la muerte
se inicia nuestra verdadera historia
de pueblo que sacude su pasado. (p. 45)

Cuarto, el martirio. Los poemas están impregnados de resonancias

crisológicas. Victoriano aparece como figura de sacrificio, con ecos de Cristo en la cruz. La ejecución se convierte en pasión, y la memoria del héroe en resurrección poética:

No pidió un cigarro como gracia
—te dije que Lorenzo no fumaba—,
mas quiso ver de frente a sus verdugos:
“Escuchen una palabra pública.
Victoriano Lorenzo muere. Yo muero
como murió Jesucristo.” Y la plaza olía a traición
y los árboles se estremecieron:
presintiendo los cuerpos de los Judas
pendiendo de sus ramas algún día. (p. 27)

En lo formal, Carr emplea un verso libre que a ratos se acerca al corrido, a la letanía, a la plegaria. Reitera imágenes como si fueran letanías rituales. Utiliza un lenguaje híbrido: por momentos épico, por momentos íntimo, siempre cargado de simbolismo. Su poesía está llena de oposiciones: lo íntimo y lo colectivo, la vida y la muerte, la historia y el mito. Esa tensión es la que da fuerza a los versos. Y por esta senda, llegamos a lo que considero el fundamento del poemario: *Estación de la sangre* es un réquiem que se *unimisma* —para utilizar un neologismo grato a Vallejo— con la elegía.

El *réquiem* y la elegía son formas de duelo ritualizado —una musical, la otra literaria— pero ambas funcionan como mediaciones entre la pérdida y su sentido.

El *réquiem* nace del ámbito litúrgico católico, del “*Requiem aeternam dona eis, Domine*”. Es una misa por los muertos. Tiene estructura fija (*Introito, Kyrie, Dies Irae, Sanctus*, etc.) mientras que la elegía procede del verso elegíaco griego (dístico elegíaco), aunque en la modernidad se volvió más libre. Es un poema de lamento o conmemoración. Ambos se articulan como procesos de tránsito: del dolor al recuerdo, del caos a una forma que redime o al menos ordena la pérdida.

En el *réquiem*, la voz es comunitaria o intercesora: se ora *por* el alma. En la elegía, la voz es individual o testimonial: se habla *desde* el dolor. Aun así, ambas aspiran a un tipo de consuelo —la armonía final del *Lux aeterna* o el equilibrio retórico del cierre elegíaco. Podría decirse que el *réquiem* es una elegía ritualizada en clave religiosa, y la elegía un *réquiem* interiorizado en clave poética. *Estación de la sangre* está justo en ese

borde donde la elegía se vuelve casi rito, y el rito, literatura.

En Carr, la estructura del libro —con su tono procesional, sus repeticiones y su imaginería sacrificial— adopta rasgos del **réquiem**, con un lenguaje plenamente poético. No hay misa, pero hay **oficio**: el poema funciona como una liturgia verbal.

Del *réquiem* toma la **forma ritual**, la cadencia coral, la conciencia del sacrificio. De la elegía toma la **voz desgarrada**, la interiorización del duelo, la fe en la palabra como única restitución posible.

El resultado es un texto que **no consuela**: conmemora desde la herida, pero con la solemnidad de una misa sin altar.

A la vez, su registro emocional y su foco en la pérdida lo inscriben en la **tradición elegíaca**. El yo poético no intercede, sino que **atestigua**. No pide por el alma del otro: **la acompaña**.

Una comparación con el *Réquiem* de Mozart ilumina mucho la estructura emocional de *Estación de la sangre*.

Mozart abre con el *Introitus*, donde las voces entran como una súplica colectiva: "*Requiem aeternam dona eis, Domine*". En Carr, ese lugar lo ocupa una magnífica imagen:

Victoriano Lorenzo tuvo el destino de la cereza:

la infinitud del círculo en su corta vida,

el rojo doloroso de ese fruto,

la marcha en colectivo del racimo. (p. 15)

Ambos comienzan **de inmediato en la intensidad**, sin preámbulo narrativo: no se pregunta qué pasó, sino que se **reconoce el momento sagrado del dolor**.

En el *Dies Irae* mozartiano, la música se desborda, es la furia del juicio. En Carr, ese equivalente aparece en los pasajes donde la sangre es torrente y el lenguaje se fragmenta. La diferencia es clave: en Mozart el terror conduce a la súplica ("*Confutatis maledictis...*"); en Carr, el terror se vuelve **condición permanente**. No hay cielo al cual pedir clemencia.

Mozart alterna lo coral y lo íntimo: tras el *Rex tremendae*, surge el *Recordare*, una plegaria serena.

Carr hace lo mismo: después del canto de los sobrevivientes, vuelve al "yo" silencioso. Ese vaivén construye **la respiración del duelo**: comunidad

y soledad turnándose para sostenerse.

El *Lux aeterna* de Mozart ofrece reposo sin triunfo. Es un descanso leve, una claridad que no disuelve el misterio. Carr cierra igual: su luz es terrenal, tibia. No promete eternidad, solo **reposo en la tierra**, en la memoria. Ambos *réquiems* —el musical y el poético— **transforman la fe en forma**.

Cuando el dogma ya no basta, la estructura ritual, la música o el verso **asumen la tarea de mantener el vínculo con los muertos**.

En ese sentido, Carr no “adapta” a Mozart, sino que **ocupa su misma función humana**: ordenar el dolor para que no se vuelva locura.

Desde mediados del siglo XX, muchos poetas latinoamericanos quedaron justo en ese punto: **entre la pérdida de la fe y la necesidad del rito**. *Estación de la sangre* se inscribe ahí.

La modernidad había vaciado las certezas religiosas y también las políticas. Pero la poesía seguía cargada de restos litúrgicos: invocaciones, letanías, procesiones verbales. Carr, como otros, no podía ya creer en la salvación trascendente, pero tampoco renunciar al gesto sagrado. De ahí nace la forma: **el rito sin creencia, pero con urgencia de sentido**.

Vallejo, en *Los heraldos negros* y *Trilce*, había abierto ese espacio: la oración rota. **José Lezama Lima** trasladó la liturgia al lenguaje mismo: la palabra como sacramento. **Ernesto Cardenal**, desde otra orilla, hizo del salmo una herramienta política; incluso su fe es más estética que dogmática. En Octavio **Paz**, la ceremonia es interior: la palabra busca redención en su propio acto de decir. Carr, más que todos ellos, une esa tensión con una conciencia civil: la liturgia puesta al servicio del duelo histórico.

El poeta ya no es sacerdote ni profeta, sino **oficiante de la memoria**. Su tarea es mantener encendido un ritual que nadie cree, pero todos necesitan.

Por eso *Estación de la sangre* puede leerse como **una misa por una comunidad descreída**: la forma del rezo sin su teología.

En síntesis, la tradición que hereda Carr no es religiosa, sino **litúrgica del lenguaje**: mantener la forma del rezo para que el vacío no se desborde.

Estación de la sangre cumple una doble función. Por un lado, ofrece un retrato lírico de Victoriano Lorenzo que se suma a la memoria colectiva. Es poesía como conmemoración. Pero al mismo tiempo es interrogación: ¿qué significa que nuestra república naciera sobre el cadáver de un

campesino fusilado? En ese sentido, *Estación de la sangre* no es solo homenaje, sino también crítica y reflexión. Nos recuerda que la literatura no se limita a cantar lo heroico, sino que también cuestiona, hiere y despierta.

Estación de la sangre, de José Carr, nos invita a leer la historia desde la poesía, y a entender la poesía como un modo de hacer historia. En este poemario convergen épica y elegía, la fe y la rabia, la voz del poeta y la voz del pueblo. Esa convergencia hace del poemario no solo una obra literaria, sino también un acto de justicia simbólica.

Me gustaría cerrar con una idea: la poesía no revive a los muertos, pero sí nos recuerda por qué murieron. Y en ese recuerdo se juega nuestra identidad como nación.

Si Galileo le dijo a Andreas, como aparece en el exergo de este texto: “¡Infeliz el pueblo que necesita héroes!”, ante el poemario de José Carr se puede decir: “¡Afortunado el pueblo que tiene poetas que dan vida a los héroes!”

Panamá, 19 de octubre de 2025